

mundaiiz

historia

arte

geografia

filosofia

lingüística

libro vasco

literatura

revista crítica del libro universitario
unibertsitate liburuaren aldizkari kritikoa

1988

enero-junio / urtarrila-ekaina

nº 35 z.b.

PABLO NERUDA VISTO POR GABRIEL CELAYA

Antonio Chicharro Chamorro

“España, cuando pisé su suelo, me dio todas las manos de sus poetas, de sus leales poetas, y con ellos compartí el pan y el vino, en la amistad categórica del centro de mi vida. Tengo el recuerdo vivo de esas primeras horas o años de España, y muchas veces me hace falta el cariño de mis camaradas”.

(Pablo Neruda)

Todo el mundo reconoce la grandísima penetración que determinadas voces de América han tenido en España. Los casos de Rubén Darío y de Pablo Neruda son, tal vez, los más claramente mostrativos de esta presencia literaria y más que literaria en este país, lo que ha motivado incluso que dichos poetas sean pensados y estudiados dentro de la literatura española. El mismo Celaya, que es el que más nos interesa ahora, ha dejado un testimonio en este sentido en su artículo “Veinte años de poesía (1927-1947)”, publicado en 1948: “Y *Residencia en la tierra* —dice—, de Pablo Neruda que a pesar de ser de nacionalidad chilena, entra y se afirma con su libro en la poesía española”¹. Sin entrar en esta cuestión última, que nos llevaría a dar un largo rodeo sobre el concepto de literatura española, etc, hemos de quedarnos con el hecho de que tanto Rubén como el chileno, por citar sólo a estos dos poetas, han obrado, y siguen haciéndolo, sobre la realidad literaria y más que literaria de este país.

Por mi parte, voy a tratar de un aspecto de la presencia de Pablo Neruda en España: la presencia en Gabriel Celaya, nuestro viejo poeta vasco, amigo del autor del *Canto general*, camarada, compañero de armas poéticas, lector suyo infatigable, amante también de las “impurezas” literarias² que ya reclamara *Caballo Verde para la Poesía* y obsesionado al igual que Neruda por “ser en los otros”, por darse a la mayoría, independientemente de cuál haya podido ser o sea el resultado final en este sentido: “ser otro con los otros, de los otros, en otros”, que le dice Celaya en su poema-carta a Pablo Neruda. En fin, que el chileno ha significado mucho para el escritor vasco. De ahí que sea éste uno de los síntomas de su presencia en nuestra literatura que merezca una mínima atención.

1.- *Egan*, núm. 2, San Sebastián, 1948.

2.- Ni que decir tiene que las “impurezas” literarias tienen un valor literario: v. mi “Notas sobre prosaísmo y retórica en la poesía social española”, en: M. A. Garrido Gallardo, ed., *Crítica semiológica de textos literarios hispánicos*, volumen II de las Actas del Congreso Internacional sobre Semiótica e Hispanismo, Madrid, C.S.I.C., 1986, pp. 603-617.

El poeta donostiarra conoció a Neruda directamente a través de Federico García Lorca. A lo largo de su vida se encontraron en algunas ocasiones: en Francia, en Brasil —con motivo, precisamente, de un homenaje a Lorca, en el que Neruda nombró a Sao Paulo “ciudad benemérita en nombre de la poesía universal”³, por haber realizado el primer monumento a su memoria—. E incluso el poeta de Chile había invitado a Celaya a un viaje a dicho país, viaje que no llegó a cumplirse debido a la situación política que, en 1973, dio al traste con la democracia chilena y con el propio Allende, tal como podemos leer en el poema “Carta mortal a Pablo Neruda”, poema escrito el ocho de febrero de 1975 y publicado en el libro colectivo *Chile en el corazón (Homenaje a Pablo Neruda)*⁴:

“Pablo:

En medio de lo oceánico te digo
que no, nos veremos.

Llegó tu invitación un poco tarde
y, ¡quién sabe!, quizá por eso aún vivo.

Llegó con tu amistad y parecía
que igual que años atrás, allá en “Correos”,
al lado de Cibeles, o más tarde,
en Sao Paulo, ¿te acuerdas?, sería todo fácil.

Y mira, cuando estaba ya haciendo mi maleta,
invitado por tí, por los amigos, por un Chile creciente
me llegó la noticia —parecía imposible.

Y ahora, ¿cómo explicarte y explicarme a mí mismo
este inmenso desastre, esta absurda tristeza,
esta farsa reinante de Pinochet y los suyos.

Pero tú bien sabías de la verdad alzada
que crece sobre todo, desde el fondo del fondo
de ese metal del pueblo que no enterrará nadie.

Y como tú me diste la fe, ya ves, estoy haciendo
otra vez la maleta para volver a Chile.

Pues, ¿quién podrá enterrar la verdad insurgente,
la luz que es sólo luz, y el aire que es el aire?

Muy pronto nos veremos. Nos daremos la mano.

Quizás no estés tú allí. Quizá yo esté ya muerto.

No importa. Habrá dos hombres: un vasco y un chileno.”

Ni que decir tiene que Gabriel Celaya ha sufrido una gran influencia de Neruda, esto es, ha asumido consciente e inconsciente elementos de la problemática ideológico-estética del chileno, haciéndolos suyos. Esto es algo de lo que he anotado algunos rasgos previamente, pero, por si no quedaba claro, el propio Celaya ha proclamado a los cuatro vientos esta “influencia” recibida. Así en una entrevista de hace unos años declaraba: “Creo que hasta muy lejos está la influencia de Neruda, vamos, creo que se nota muchísimo en *lo demás es silencio*”⁵. De cualquier forma, lejos del prurito de señalar dependencias y originalidades respec-

3.- *Para nacer he nacido*, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 70.

4.- Barcelona, Península, 1975. Incluido también en *El hilo rojo*, antología de G. C., Madrid, Alber-to Corazón, 1977.

5.- “Gabriel Celaya y la conciencia colectiva” (entrevista realizada por A. Bermejo y F. Aramburu), *Kantil (Revista de Literatura)*, núm. 13, San Sebastián, febrero, 1979.

tivas, lo que por sí mismo carece de interés crítico para mí, así como para Celaya⁶, lo que me interesa ahora es exponer lo que el vasco *ha visto* de este poeta y de su obra. En este sentido contamos con un artículo de 1972 y algunos textos poéticos.

La *Revista de Occidente* solicitó al poeta vasco un artículo sobre el poeta latinoamericano, con motivo de la concesión del premio Nobel de Literatura. "Pablo Neruda (Poeta del Tercer día de la Creación)" tituló su colaboración para la revista, siendo ésta la única ocasión en que nuestro poeta se ocupa del chileno desde una perspectiva crítico literaria. En el plano de la creación literaria, como venimos viendo, lo ha hecho en dos ocasiones. Una de ellas, en su poema-carta "A Pablo Neruda", publicado en una revista literaria a comienzos de los años cincuenta e incluido en su libro *Las cartas boca arriba*⁷. Este poema fue censurado en su título, precisamente, por causas que todos suponemos. El título quedó torpemente reducido en esta edición primera a las iniciales: "A. P. N.". En el poema recuerda —hablo descriptivamente, como es lógico— al chileno, tal como lo había conocido en Madrid, "caótico y desesperanzado", al mismo tiempo que dedica una extensa parte a cantar "su resurrección y su alegría constructiva de comunista", como vamos a leer en este poema de 139 versos, distribuidos en estrofas de siete versos, salvo la décima que es de seis, con predominio de heptasílabos y alejandrinos. El poema-carta comienza dando cuenta de la situación y ubicación del yo poético, una situación desesperanzada:

"Te escribo desde un puerto.
La mar salvaje llora.
Salvaje y triste, y solo te escribo abandonado.
Los megáfonos llaman a través de la niebla.
La pálida corola de la lluvia me envuelve.
Te escribo desolado."

En las siguientes estrofas, el poeta recuerda la figura del destinatario:

"Recuerdo la ceniza de tu rostro de nardo,
el peso de tu cuerpo, tus pasos fatigosos,
tu luto acumulado, tu montaña de acedia,
tu carne macilenta colgando en la butaca,
tus años carcelarios."

Y más adelante van sucediéndose versos en los que el poeta intenta fundir su voz con la del poeta de América. Así, a partir de la quinta estrofa tienen lugar los versos más conscientemente conseguidos en este sentido. Por ejemplo, la estrofa séptima:

"Estaciones, transcurros,
circunstancias confusas,
oceánicos hastíos, relojes careados,
eléctricos espartos, posos inconfesables,
naufragios musicales, materias espumosas
y noches que tiritan de estrellas imparciales,
te hicieron más que humano."

6.- V. *Inquisición de la poesía*, Madrid, Taurus, 1972, p. 235 y ss.

7.- Madrid, Adonais, 1951 (hay segunda edición, aumentada, en Madrid, Turner, 1974).

El poema continúa cantando la resurrección del destinatario, que el poeta creía acabado, y su alegría constructiva de comunista, tal como leemos en la estrofa décimoquinta:

“Los jóvenes obreros,
los hombres materiales,
la gloria colectiva del mundo del trabajo
resuenan en tu pecho cavado por los siglos.
Los primeros motores, las fuerzas matinales,
la explotación consciente de una nueva esperanza
ordenan hoy tu canto.”

En fin, el texto sigue en esta dirección, planteando la necesidad del abierto compromiso —“debemos ponernos más allá del que somos”, dice— y de la lucha por un futuro de justicia. La carta concluye con el mismo tono desesperanzado con que comenzaba, si bien ahora el poeta proyecta esta desolación a todo un país, aunque sin cerrar la puerta, en el último verso, a la esperanza:

“Te escribo desde un puerto,
desde una costa rota,
desde un país sin dientes, ni párpados, ni llanto.
Te escribo con sus muertos, te escribo por los vivos,
por todos los que aguantan y aún luchan duramente.
Poca alegría queda ya en esta España nuestra.
Mas, ya ves, esperamos.”

El otro poema que le dedica, “Carta mortal a Pablo Neruda”, de nuevo un poema-carta, es el que he transcrito anteriormente, en el que el poeta de nuevo combatió —el poema fue escrito, recordemos, en 1975— mantiene un diálogo poético esperanzado con el chileno universal, teniendo como telón de fondo la situación política del país andino. De cualquier forma, y mucho antes de todo esto, el poeta donostiarra le dedicó una traducción suya de dos poemas de Louis Aragon, aparecidos en el número 36 de la revista leonesa *Españaña*: “Dedico esta traducción —decía allí— a Pablo Neruda, en recuerdo de nuestra amistad de 1935.G.C.” Se trataba de los poemas “La caja de las mariposas” y “España en el corazón”. Corría el año 1948.

Ahora bien, volviendo al artículo en cuestión, lo primero que llama la atención es que sea el único que dedica al premio nobel latinoamericano, paradigma de los poetas españoles, según Celaya, cuando a poetas como Machado, Lorca, Aleixandre, Miguel Hernández, etc., dedica dos o tres o incluso más artículos. Nuestro poeta y crítico ofrece dos justificaciones en este sentido: una, ofrecida entre líneas en su artículo “Notas para una *Cantata en Aleixandre*: “En otro aspecto, advierto que ‘la confesión’ de un Alberti o un Neruda, con los que ideológicamente estoy mucho más acuerdo, no me interesa tanto como la evolución dialéctica y todavía sin resultado claro de Vicente Aleixandre. No se trata de una preferencia estética”⁸. La otra justificación la ofrece en el breve comentario introductor de su artículo sobre Neruda en su edición en *Poesía y verdad (Papeles para un proceso)*: “Pero las circunstancias mandan, y pese a lo importante que era para mí y

8.- *Papeles de Sons Armadans*, núm. XXXII, Palma de Mallorca, noviembre-diciembre, 1958, pp. 375-385. Incluido en *Poesía y verdad (papeles para un proceso)*, Barcelona, Planeta, 1979, 2ª ed.

para muchos poetas sociales, el ejemplo y la obra de Neruda, no tuve ocasión de volver a escribir sobre él [se refiere a la esfera de su producción poética] hasta mucho más tarde [alude al artículo en cuestión], y quizá por eso más pálidamente de lo que hubiera hecho en los años de lucha”⁹.

Celaya comienza recordando la última vez que vio al poeta, en el homenaje a García Lorca celebrado en Sao Paulo en 1970, y describe literariamente a continuación la figura simbólica y la poderosa personalidad de Pablo Neruda. No es pues un retrato lo que hace nuestro crítico, como él mismo reconoce, sino una descripción-presentación a través de innumerables imágenes en la figura simbólica de Pablo Neruda. Celaya no ve diferencia entre el joven poeta que él conoció en Madrid en tiempos republicanos y el que ahora ha visto: “Y así lo recuerdo yo como si fuera ahora: su enorme corpachón pesa apagado sobre el sillón, que ha hecho casi orgánicamente suyo, y nos mira a todos los que le rodeamos -en su tertulia—sin vernos o como si nos contemplara desde un mundo no humano. Está fuera de cuanto ocurre a su alrededor. O dentro, más dentro que los demás. Monumental y adiposo, parece uno de esos ídolos primitivos en los que lo bestial, lo grotesco y lo terrorífico se aúnan para producir la impresión de algo que, por incomprensible, parece sagrado”¹⁰. Así lo vio y así lo ve Gabriel Celaya. Por tanto, cuando Pablo Neruda lanzó un llamamiento activista a los poetas españoles en 1950, la ilusión de que podía haber cambiado su forma de ser sustancial pronto se desvaneció para Celaya. “Pues siempre existe —dice— un abismo engañoso entre lo que un poeta dice y lo que su poesía manifiesta: es decir, entre su ideología predicada y lo que su estilo, tanto si el autor quiere como si no quiere, hace patente. En términos marxistas, ya que Neruda lo es, podríamos formular esto como uno de sus fundamentales principios: “La existencia precede a la conciencia” ¡Y hasta qué punto no llega esto en el caso de nuestro poeta!”¹¹.

Afirma más adelante que Neruda es el Poeta del Tercer Día de la Creación, atribución que Keyserling utilizaba para evocar al continente americano. Esto quiere decir, según Celaya, poesía pululante, quizá acéfala, capaz de regenerarse, poesía que se alarga indefinidamente, pues es el principio sin fin. Si Pablo Neruda, piensa nuestro crítico, ha influido mucho con su poesía y si “en cierto modo” puede ser considerado poeta social debe entenderse esto en términos muy distintos a los de un *engagement*, siendo su poesía, por tanto, la del Tercer Día de la Creación, tal como lo entendía Keyserling. La poesía del chileno es para Celaya la dimensión, la variedad, la libertad, la agotación y la paz. De ahí que no le gustara a Juan Ramón Jiménez y que uno de los jóvenes poetas españoles, Angel González¹² se manifieste en términos parecidos. Esto, afirma el crítico, es injusto, ya que en la monotonía de la poesía de Neruda hay algo hipnótico: si su estilo parece que cae en los “tics” y en el “procedimiento”, quizá se deba a los muchos imitadores que ha tenido, y si le tachamos de descuidado es porque no le prestamos atención a lo que en él hay de valioso. Celaya acude a un ejemplo muy concreto para sostener su afirmación: se trata de comentar las correcciones que Neruda

9.- Op. cit., p. 162.

10.- *Ibidem*, p. 163.

11.- *Ibidem*, p. 164.

12.- V. para las relaciones entre Gabriel Celaya y Angel González mi artículo “De viejos y jóvenes poetas en la España del medio siglo”, *Olvidos de Granada*, núm. 13, Extraordinario, pp. 151-153.

le hizo a un poema suyo, donde se ve la preocupación del chileno por las mínimas unidades del poema, la adjetivación propia, la imagen no gastada, el sonido funcional, etc. antes que por la forma propiamente dicha y la construcción global del poema. Por eso, Pablo Neruda no es descuidado, aunque eso no quite que sea un poeta que se deje llevar, “un poder crónico desencadenado, un volcán y un torrente que lo arrastra todo en sus enumeraciones caóticas, un río gigante que todo lo arrasa y lo borra, una selva en perpetua germinación, una explosión popular, una revolución permanente como la naturaleza, una criatura del Tercer Día de la Creación”¹³. Por eso, piensa Celaya, América Latina se reconoce en él. Finalmente, hace alusión a los ataques de distinto tipo que el chileno ha recibido, para terminar diciendo que no hace falta ser marxista para comprender que la realidad, la autenticidad acaba por prevalecer sobre las ideologías.

Como se ha podido comprobar, el artículo, que no voy a analizar determinada-mente pues ya tuve la oportunidad de hacerlo en otro trabajo¹⁴, está integrado por tres partes: la primera, ofrece una aproximación a la figura simbólica y humana de Neruda; la segunda, aventura una interpretación global del sentido de la obra del poeta andino; y la tercera, expone dos conclusiones: una, que América Latina se reconoce en Neruda, pues está en lo que dice más que por lo que dice; y dos, que la obra del chileno, pese a los ataques de que ha sido objeto, prevalecerá por auténtica o no ideológica. Esta es, pues, la estructura y sentido internos del artículo.

Ni que decir tiene que los poemas y textos descritos son sólo una pálida sombra de la enorme presencia-invocación que la producción de Neruda ha tenido en la del poeta vasco. Por lo demás, el artículo en cuestión rinde un tributo de amistad, así como de admiración de la obra poética de Neftalí Reyes, resaltando además esa concentración del mundo y militancia comunista del latinoamericano, amén del carácter realista-auténtico de su poesía. Así, pues, el poeta y crítico, el amigo y el camarada, a pesar de las crisis que vive Celaya en este sentido por estos años, se dan cita en este texto que aúna recuerdos y anécdotas personales, una descripción literaria del poeta y unas pocas reflexiones sobre un principio básico del marxismo.

Queda expuesta la visión que Celaya tiene de Neruda a través de esta paráfrasis. No es mal camino este para reconstruir en concreto cómo han sido, y son, las relaciones de las literaturas en esta misma lengua de éste y del otro lado del Atlántico. En este sentido podríamos seguir hablando ahora de lo que se pueda llamar al realismo de vuelta. Me refiero concretamente a la presencia de Gabriel Celaya en la Cuba de Fidel en 1968, año en que expuso allí una comunicación titulada “la responsabilidad del escritor” en el Congreso Cultural de la Habana, constituyendo ésta la última vez que el poeta vasco se pronunció públicamente como poeta social. Pero no quiero agotar la paciencia del lector aunque siempre habrá una línea donde escribir esas cuatro palabras a los quince años justos de la muerte de Neruda y del final de Allende: “Chile en el corazón”.

Antonio Chicharro Chamorro
Universidad de Granada

13.- *Poesía y verdad*, op. cit., p. 168.

14.- *Gabriel Celaya, teórico y crítico literario*, Granada, Universidad de Granada, 1983 (Resumen de Tesis Doctoral).